

AL CORAZÓN DEL AMIGO

*..una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien
allá sobre el horizonte...*

Nicolás Guillén.

Me cumple el honor de escribir una de las cuatro crónicas del Teide y lo hago sabiendo que será la última que escriba como presidente del Club de Esquí y Montaña del Colegio de Abogados de Zaragoza. Me corresponde, o como le diría Sagrario a José María en Andorra, "*pertenece*" realizar la que narra la subida con Yaiza, desde la playa del Socorro hasta la cima del Teide en una sola jornada. *Desde la playa hasta el monte, allá sobre el horizonte.*

Al comenzar a pensar en ello, el aventurero escritor se da cuenta de que, por azar del destino, en esta excursión se han reunido personas muy singulares en mi trayectoria como presidente del Club y montañero. Sin duda lo son Carlos Blanchard, mi padre montañero, y Yaiza, mi hija corredora de montaña y montañera. Pero también están ahí mi compañera de montaña y esposa María Emilia; Paco Rivas, socio fundador del Club como Carlos, y su cordial compañera Luisa Uliaque; Isabel Nerín, esposa y madre de montañeros de fuste, entre los que también tengo ahijado a Guille, y los singulares Jesús Miñana, padre de la criatura y Víctor de Andrés imprescindible alfil y valor seguro en cualquier excursión. Todos entrañables amigos de la montaña. Curiosa coincidencia cuando, para mi, una etapa se cierra y otra se comienza a abrir. Personas singulares en un lugar especial.

Quiero contar la aventura de esa larga y alta excursión que bate récord en altura, para Yaiza y para mí y también para María Emilia, Jesús y Víctor. Pero los signos que favorecen me dicen que debo hablar *al corazón del amigo*. Hablar de todos vosotros, los buenos amigos que han *traído todas sus manos* a mi recuerdo y corazón, para tender esa *muralla desde la playa hasta el monte*.

Seguro que Engracia y Conchi con su fina inteligencia y sensibilidad, sabrán discurrir el sutil camino que persigo en este relato de amigos. Un camino que comenzaba duro, en la Playa del Socorro a las 6:30 del viernes 13 de octubre. Con los frontales encendidos y antes de comenzar, pasó fugaz por mi mente cierto reproche, cariñoso, de Toño y Juan Antonio, que opinan que esto de correr por montaña es muy poco montañero y de cobardes. Quizá tengan razón, pero ahí estábamos los cinco bajo la mirada incrédula y lastimosa de Paco, preparados para transitar por la aventura. Pronto dejamos atrás a María Emilia, Víctor y Jesús y comenzamos a nuestro ritmo la primera de infinitas subidas que nos esperaban ese día. El

altímetro subía veloz a la par que el sudor rodaba por nuestra espalda y nuestra frente. No buscábamos, como dice Daniel, la línea de máxima pendiente, el camino hacia el Teide era esa misma línea de máxima pendiente y se adentraba en zonas arboladas donde la humedad y los 20 grados iniciales, nos iban a pasar factura. La luz del frontal de Yaiza iba abriendo huella, mientras mi GPS marcaba el camino.

La cima del Teide estaba muy lejos y muy arriba. Pensar en esos 30 kilómetros y cerca de 4.000 metros, no ayudaba durante las primeras horas, así que Yaiza y yo nos fijamos metas parciales y casi alcanzables aunque irracionales. El objetivo, con ese desnivel, era recorrer 5 kilómetros cada hora y esperar que el desnivel superado fuera suficiente para llegar al kilómetro 15 a cota 2.100. Poco a poco, paso a paso, entre ladridos de canes canarios, que hubieran festejado las antes dichas amantes de los perros, fuimos regando de sudor el amplio camino. Atravesamos *Icod el Alto*, un pueblo con increíbles cuestas, y lo dice alguien de *Fraga* que también las tiene. Pensé que en ese pueblo hacía falta un buen arquitecto municipal, como Javier y el equipo de la Gerencia de Urbanismo de Miguel Ángel y Marta, para buscar alternativas a semejantes rampas que, ni en coche se pueden superar con facilidad.

El primer objetivo parcial lo conseguimos. Al salir de *Icod el Alto* Yaiza me dijo que llevábamos 5 kilómetros, en una hora, pero solo 600 metros de desnivel. Paramos a trasegar agua de la mochila a los recipientes más a mano. Habíamos salido con un litro y medio cada uno, pero con ese nivel de sudoración temí que pudiéramos deshidratarnos antes del 15. Los 5 kilómetros siguientes tenían que ser peores que los que ya habíamos hecho. Quedaba mucho desnivel hasta los 2.100.

Cierto que amaneció y que de vez en cuando pudimos ver los pueblos costeros, con sus luces y sombras, pero, como siempre dice la sin par María Jesús: ¡¡corriendo no veis el paisaje!!, y tiene razón. Pudimos por fin apagar los frontales y seguir peleando a la sombra de frondosos bosques por una senda, como una muralla, siempre arriba. En caso de dudas el GPS siempre nos mandaba por la senda más empinada, y así, cuando Yaiza me anunció el kilómetro 10, estábamos a 1.460 metros en algo más de dos horas. El esfuerzo había sido tremendo y de las cuestas mejor no acordarse. Breve parada para hidratarnos y quedarnos con el agua justa para los 5 kilómetros siguientes, antes de llegar a nuestro especial punto de hidratación. Al menos sabíamos que el desnivel más duro de esa primera parte ya había pasado y que los 5 siguientes de bosque tenían un desnivel asequible, pero que se acumulaba en nuestras piernas.

Pese a ello el 15 se hizo de rogar y hasta que no atisbamos la *Ermita Chistiana de Fortaleza*, dudé de conseguir llegar lo suficientemente enteros- al menos yo- para continuar. Ni que decir tiene que en estos últimos 5 kilómetros Yaiza anduvo por delante todo el tiempo, haciendo bondadosas esperas, en los cruces y cuando me perdía de vista. Es una Miñana y actúa como tal.

Ya sin agua, siguiendo el camino descendimos unos 100 metros hasta el lugar en el que, el día anterior, habíamos escamoteado bajo unos

arbustos ocho botellas de litro y medio. Realmente la estrategia fue la acertada y el agua estaba en su lugar y fresquita. De no ser así hubiéramos tenido que recorrer 3,4 kilómetros, casi llanos, hasta el centro de interpretación y visitantes, y abastecernos de agua, pero con eso hubiéramos tenido muy difícil alcanzar el objetivo último de la cima en el día. Tomamos nuestra agua y un buen descanso de casi media hora. Llevábamos tres horas y media en movimiento con escasas paradas, algo más de la mitad del recorrido en horizontal y en vertical. Necesitábamos comer y sobre todo beber. Tomé una rebanada de pan de molde con paté, mandarina y frutos secos.

Ni Carlos, ni Isabel habían llegado todavía a ese punto de hidratación ya que estaban las 8 botellas, tal como las habíamos dejado el día anterior. Las seis restantes habían de servir para María Emilia, Jesús y Víctor, además de para Carlos e Isabel. Fue una gran idea, esencial para todos. Nosotros teníamos que dosificarlas hasta el Refugio de Altavista (3.260 m.) o quizá hasta la Estación Superior del Teleférico (3.550 m.). Como náufragos en un desierto de piedra pómez, administramos el agua disciplinadamente. La humedad había desaparecido del ambiente, y el calor era soportable gracias a la bruma que no nos dejaba a merced del sol de Canarias.

La siguiente parte del recorrido, era llana, pero casi tan difícil de correr como en pendiente. El suelo era un árido arenal de bolas de piedra pómez donde nos hundíamos casi como en una playa. Matojos secos, pero ni una flor de las que tanto gustan Isabel y José Miguel. Fueron 4 km en los que apenas superamos un desnivel de 250 m. Hacía ya unas horas que teníamos a la vista la cima del Teide. Sabíamos que el desnivel restante era importante. En el kilómetro 19 estábamos todavía a 2.280 m. El Refugio estaba a 4 de distancia y 1.000 de desnivel. Al decir de Yaiza teníamos por delante un "Kilómetro Vertical". Lo dijo como quien dice que hace aire (viento). Pero poneros en mi lugar al escucharla. Estaba corriendo con la Campeona de España de K.V. Eché de menos a mi Santi y alguna de sus sabias conclusiones y consejos. Llegamos a los famosos huevos del Teide y de eso era la cuestión, de echarle ganas, como Javier en el Vignemale. Una barrita energética con nueces ayudó a ir superando, ya muy despacio, esa dura parte de la ruta. Yaiza demostró que es la campeona del K.V. Me fue esperando y subiendo videos a Facebook, entre los huevos (están en su página de Facebook). Me "arrastré" por aquella senda, pensando en llegar al Refugio y replantearme hacer cima. Aquí me hubiera venido bien una sesión con Carlos, nuestro psiquiatra de cabecera, para que me cure de esta enfermedad incurable, que es correr por montaña, y comenzar a sustituirla por la petanca.

Nos cruzamos con unos montañeros que bajaban del Refugio y les pregunté por su ubicación. Me animaron. Teníamos que llegar a una zona de piedra oscura y ahí con varias zetas se llegaba al Refugio. Yaiza tiro de calidad, que le sobra, y yo de experiencia y capacidad de sufrimiento. Las famosas zetas negras eran casi una pared de las que escalamos con Eva y Enrique en Morata. La cabeza agachada; paso a paso; mirando al suelo y a los huevos; clavando bastones para no cargar piernas; Por fin nos acercábamos a los 3.000 metros sobre el nivel del mar. En poco más

teníamos que ver el Refugio. Sin descanso ni espera, seguimos subiendo, ligera Yaiza, pesado y constante yo.

No puedo describiros la alegría que supuso encontrarnos a Paco y Luisa, entre la negra lava del volcán. Acababan de dejar nuestra ropa de abrigo en el Refugio. Se hizo cargo un guanche de nombre Simeón. Nos dijeron que estábamos a escasos 30 metros de allí. Sin la ayuda y sacrificio de Paco y Luisa, que renunciaron a bajar en teleférico por llevar nuestra ropa de abrigo al Refugio, ni Yaiza, ni yo hubiéramos podido hacer cima. La estrategia era buena, pero el equipo y capacidad de sacrificio de todos, por todos, imprescindible. Les quedaba una fuerte y difícil bajada de 1.200 m. hasta Montaña Blanca. Me consta que tuvieron sus dificultades, pero no les importó renunciar al cómodo teleférico, después de haber hecho cima en solitario. Eso es la montaña y de nuevo un buen montañero nos daba ejemplo. Gracias chicos. Sin vosotros no lo hubiéramos conseguido. La alegría e incredulidad de Paco, era pareja a la mía. Gritaba asombrado: ¡¡ Pero si hace un rato os he dejado en la playa y ya estáis aquí. No me lo puedo creer !!. Ni yo, Paco, ni yo. Pero estábamos.

Entramos en la cálida antesala del Refugio de Altavista a 3.260 m. de altitud sobre el mar, nunca mejor expresado. Prácticamente llevábamos la misma ropa que en la salida, pantalón corto y camiseta de manga corta, Yaiza un ligero cortavientos. La temperatura había bajado desde los 20 de la playa a los 7 en Altavista y el viento, según el anemómetro del lugar, estaba en los 47 km/h con rachas de más de 60 km/h. Somos de la tierra del cierzo, pero todo nos hacía desear ese calor del Refugio. Simeón nos entregó nuestra ropa. Pudimos por fin abrigarnos, comprar bebida, a precio de oro, y tomar un chocolate caliente con el resto de la escasa comida que porteábamos desde la playa.

El mal llamado Refugio de Altavista, consiste, literalmente, en tres maquinas de vending. Quizá de alguna de las franquicias de Javier, que hasta ahí llegarán sus dominios. No tienen ni dan comida, ni bocadillos, ni nada que no salga por esas maquinas tragaperras que expenden chucherías. El agua de los grifos no es potable y la embotellada, de vending, cuesta 3 euros la botella de medio litro. Coca-Cola 4 euros. Cervezas, ¡¡ NO TIENEN !! Aquí Ramón sería un valor seguro, ya que lleva su latita para compartir a todas las cimas. Hay patatas fritas, mini bolsa, Kit-Kat y Quinder Bueno, a 2 euracos. Dudo mucho que esas maquinas duraran ni un día en un refugio aragonés. Veo a Javier, nuestro abogado GREIM, y a Carmena, con la ayuda de algunos más, tirando barranco abajo semejantes despropósitos metálicos y a nuestro Alberto organizando la intendencia del lugar como debe ser en tierra española. No es casual que vivan en una isla.

Tras un largo, cálido y buen descanso de cerca de una hora en el Refugio, ni Yaiza, ni yo tuvimos ninguna duda de que los 450 metros en 2,2 kilómetros que teníamos hasta la cima del Teide había que hacerlos ese día. Ni siquiera nos lo planteamos verbalmente. Habíamos hecho lo peor. Los dos, sobre todo yo, habíamos sufrido lo nuestro, pero ella, con la rasmia de campeona que le caracteriza y yo por pundonor y capacidad de recuperación activa, salimos a completar la última etapa del día. El objetivo

final. Desde la playa hasta el cielo de España. Eso sí, ya pertrechados con las mallas, camisetas térmicas, plumas ligeros y cortavientos recios que Paco y Luisa habían porteado, de lo contrario, repito que imposible con esa ya baja temperatura y viento fuerte que incluso había obligado a cerrar el teleférico.

Lo cierto es que casi sin darnos cuenta llegamos, por un sendero muy bien marcado, hasta la estación superior del teleférico a 3.550 m. En el Refugio nos dijeron que los guardas del Parque Nacional no nos dejarían pasar. Pensé que mucho tendrían que "encorrernos", esos guardas, para impedir que estos dos aragoneses hiciéramos cima. No obstante, advertidos de la existencia de una puerta en medio del sendero, hábilmente atajamos para evitar pasar por ella y nos lanzamos hacia la cima entre fumarolas de azufre y olor a huevos podridos. Ya todo daba igual. El Teide era nuestro a 3.718 m. *Desde el mar hasta la playa, allá sobre el horizonte.*

Orillamos el cráter y alcanzamos la cima para las fotos de rigor y testimonio. Aunque no me crea Josechu pasamos un rato en la cima descansando, eso sí, a sotavento bajo un cálido sol entre brumas y con escasa visibilidad. No había prisa en bajar al Refugio, sus incomprensibles normas decían que hasta las 17:00 no se abría la sala de estar, baños ridículos y "cocina" (microondas, placas eléctricas y fregadero) y hasta las 19:00 las habitaciones. A las 10 toque de queda y a las 11 se cerraba el refugio y nadie podía entrar en toda la noche. De haber estado Su Señoría Nacho, hubiéramos recurrido, por lo civil o por lo criminal, tan estrafalarias reglas.

Al fin regresamos al Refugio, contentos y gozosos. Trotamos algo a la bajada, era casi lo único que bajábamos ese día, así que los cuádriceps lo agradecieron. Allí nos quedamos a la espera de nuestros otros cinco heroicos compañeros.

Primero llegaron Carlos e Isabel. Ella muy cansada y descompuesta, pero como siempre con una sonrisa en los labios. Luego María Emilia, Víctor y Jesús, agotados, felicitados y orgullosos de su gran hazaña y de haber superado ese tremendo desnivel y distancia. Para ellos también record de desnivel en un solo día, y con el mérito de llevar mucho más peso que nosotros. Porteaban nuestra cena y desayuno. Algo sin lo que, ni Yaiza, ni yo hubiéramos podido llegar donde llegamos. En fin, un equipo trabajando unos para otros.

De la noche mejor no hablar. Una habitación con literas para dieciséis personas, amplia y sonora. Los roncadores conocidos tuvieron en vela a casi todos los inquilinos de la habitación nº 4. Ni a los palos de ciego, de Carlos, cejó Jesús en su melodía. No es fácil dormir a más de tres mil metros, algunos sintieron dolor de cabeza. Algo de mal de altura. Echamos de menos a Antonio, hombre de probada solvencia no roncadora. Esto lo tenemos que empezar a mirar en serio.

El despertador sonó a las 5:00. Queríamos salir sobre las 5:45 para ver amanecer en una cima de la que solo nos distanciaban unos 450 m de desnivel, muy cómodos según vimos Yaiza y yo el día anterior. La noche era

muy oscura y solo los frontales de los más madrugadores se veían en la ladera, azotada de nuevo por el viento y a 4 grados de temperatura. La ilusión de hacer cima todos juntos y de ver amanecer, nos dio alas. Llegamos cada uno a nuestro ritmo. Durante unos minutos, Isabel, Yaiza, Carlos y yo, esperamos al abrigo de la Estación Superior del Teleférico, evitando así una muy mala espera en la oscura y muy venteada cima. Cuando llegamos a lo más alto amanecía, que no es poco, pero las nubes nos impidieron ver el sol. Comenzó a nevar. Eran pocos copos, pero cuajaban en algunas prendas y gorros.

Combatimos el intenso frío con cálidos abrazos y felicitaciones. Los siete habíamos conseguido la cima más alta de España. Para algunos su techo en montaña. Paco y Luisa lo habían conseguido el día anterior y ahí están las fotos que lo atestiguan. Pese a que toda la excursión había sido un tetris, como la vida de Teresa, al final todo había salido como estaba previsto y planificado desde hacía muchos meses.

Solo nos quedaba encajar la última pieza de ese tetris, regresar a la Estación Superior y que el teleférico funcionara para bajar con la telecabina a la Estación Inferior y que allí nos "rescataran" Paco y Luisa.

Así que fuimos bajando, en mi caso llevando de la mano a la mermada Isabel y recordando, con ese gesto y ayuda, a Pilar en otras bajadas montaÑeras. Teníamos la esperanza de que el teleférico funcionara, pero el viento era muy fuerte. No quería ni pensar en tener que bajar caminando 1.200 m. hasta Montaña Blanca. Eso nos hubiera hecho mucho daño.

Por fortuna el teleférico funcionó, pero solo para rescatar a las personas de Altavista que estábamos en la cima ese día. Subieron dos vacías. Para evitar el balanceo por el viento, que las hubiera averiado, subían cargadas con 1.500 litros de agua que soltaban al llegar, antes de cargar pasajeros. Ese día ya no funcionó para nadie más.

Paco y Luisa acudieron raudos y veloces a nuestro encuentro, con la furgoneta, a la Estación Inferior. Es tal la singularidad de esta montaña que, a las cuatro horas de haber estado en la cima bajo la nieve, y previa parada en el Restaurante Bamby para degustar unos increíbles "huevos a la estampa", estábamos tomando un baño en la piscina del ático del hotel, con vistas al mar, a más de 30 grados. Increíble experiencia.

Y así se ha escrito esta crónica, con todas vuestras manos, blancas y negras. Desde la playa hasta el monte y desde el monte hasta la playa, allá sobre el horizonte. Escrita para el corazón del amigo, todos pasasteis por mi mente y ahora por mi pluma. Con la rosa y el clavel, la paloma y el laurel, el mirto y la hierbabuena y este ruiseñor en la flor.

Domingo Aguilar.
Octubre 2.17

Para hacer esta muralla,
tráiganme todas las manos:
Los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.

Ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte.

—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—Una rosa y un clavel...
—¡Abre la muralla!
—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—El sable del coronel...
—¡Cierra la muralla!
—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—La paloma y el laurel...
—¡Abre la muralla!
—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—El alacrán y el ciempiés...
—¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,
abre la muralla;
al veneno y al puñal,
cierra la muralla;
al mirto y la hierbabuena,
abre la muralla;
al diente de la serpiente,
cierra la muralla;
al ruiseñor en la flor,
abre la muralla...

Nicolás Guillén.